

¡Claro, claro! ¡Poeta y cornetín
son de tan corto aliento! ...
Sólo el silencio y Dios cantan sin fin.

Que en «Glosando a Ronsard y otras rimas» se convierte en una declaración estética que nos permite, al mismo tiempo, captar el sentido más profundo de la temporalidad, no como el tiempo de la historia, presencia importante, sino como el tiempo del ser humano o, volviendo a «Poema de un día», del corazón humano, tan distinto al del corazón metálico u objetivo del reloj. Dice o canta en «De mi cartera»:

Ni mármol duro y eterno,
Ni música ni pintura,
Sino palabra en el tiempo.

Palabra que aspira a trascender el lenguaje, incluido el artístico, para llevarnos al silencio esencial. Lo que explica la presencia de la canción, una canción tan cercana a Bécquer y Juan Ramón Jiménez como alejada de García Lorca o Alberti:

Canto y cuento es la poesía.
Se canta una viva historia,
Contando su melodía.

Si en *Soledades* domina la melancolía y en *Campos de Castilla* el hastío, ahora es la gracia alada, un buen humor que podríamos llamar juvenil. Como es juvenil la sensualidad. Leonor que ocupa un espacio central en *Campos de Castilla*, elegíaca evocación de la mujer desaparecida, viva espina en el corazón, se ve desplazada por Guiomar. Y en todo el libro el pasado se ve desplazado por el presente y se va acortando la distancia entre el poeta y la claridad. También, como es propio de la poesía juvenil, hay una mayor presencia de lo personal y subjetivo. Las referencias a su vida han sido en Machado simples sugerencias, veladas por el pudor o por la ironía. Por eso los datos biográficos del «Retrato» de *Campos de Castilla* son muy escuetos, puesto que lo que le interesa es esencialmente un retrato a través del cual se exprese una estética, es decir, una concepción de la poesía, y una ética de la cordialidad y la bondad. En cuanto a su vida sentimental, «mi historia, algunos casos que recordar no quiero». Ya es significativo que lo llame «Retrato» y no «Autorretrato». Significativo también que se limite a decirnos de su infancia: «Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero». Se puede

comparar esta visión de claridad moral con la vibración con que se inicia el soneto dedicado a su padre: «Esta luz de Sevilla... Es el palacio / donde nací, con su rumor de fuente» (CLXV: «Sonetos», iv), con un nuevo tono de exaltación evocativa. O en el original autorretrato que hace contemplando su busto o retrato obra del escultor Emiliano Barral en «Glosando a Ronsard y otras rimas».

Lo más extraordinario de las *Nuevas canciones* es que el poeta ha llevado más lejos que nunca lo que muchos lectores han tomado como contradicciones, cuando se trata, repito, de alcanzar (¿evocar, podríamos decir?) la esencial unidad a través de la heterogeneidad. No deja de ser curioso, por ejemplo, que abunden los retratos y que sin embargo, en la aspiración al adelgazamiento, apenas si haya elementos visuales o colorísticos. La delicadeza no impide la presencia de elementos sorprendente. Imágenes con valor de greguería como «En Jerez de la Frontera / tormentas de vino blanco» (CLXXXIV, 289), «eché mano al estuche de las gafas / en busca de ese andamio de mis ojos, / mi volado balcón de la mirada», en «el diminuto / ataúd de bolsillo» (id. 292) Imágenes audaces como «Guadalquivir hace vega, / el campo relincha y brama» (CLIV), o las del poema XLXXII del cancionero apócrifo de Abel Martín:

¡Oh, claro, claro, claro!
 Dormir es cosa vieja,
 Y el toro de la noche
 Bufando está a la puerta (j)
 «Masón, masón, despierta.
 Nudillos infantiles
 Y voces de muñecas» (iv)
 «la luna empieza a tocar
 su pandereta y danzar» (v)

Audacias en las que vibra, como siempre, la temporalidad:

Entre montañas de almendros y peñas grises
 El tren devora su raíl de acero.
 La hilera de brillantes ventanillas
 Lleva un doble perfil de camafeo,
 Tras el cristal de plata, repetido...
 ¿Quién ha punzado el corazón del tiempo?

que nos acerca a dos de los centros claves de la poesía machadiana: el corazón y el alma. En «Canciones de tierra altas» (CLVIII) parece concen-

trarse lo que ya identificamos como familiar o machadiano, es decir, allí donde no hay más huella visible que la creada por el propio poeta:

Se abrió la puerta que tiene
 Goznes en mi corazón,
 Y otra vez la galería
 De mi historia apareció.
 Otra vez la plazoleta
 De las acacias en flor,
 Y otra vez la fuente clara
 Cuenta un romance de amor.

Regresamos pues, con un aliento más personal, a su primera poesía, a *Soledades*, es decir, más que trazar un recorrido que nos lleve de la vida a la muerte, de la infancia a la vejez, de una poesía impersonal a una comprometida y, finalmente, a una lírica y personal, hemos trazado un círculo. El círculo tiene, a diferencia de la línea, un principio y un fin. A diferencia de la línea, principio y fin, una vez trazados, se confunden. Hay, por supuesto, un recorrido que en realidad, por lo mismo que no tiene principio ni fin, es eterno e inmóvil, pero es también la vida real de los que «hogafío, / como antaño, / tienen toda su moneda / en la rueda, / traidora rueda del año».

Tal vez toda la poesía de Antonio Machado pueda resumirse en los versos dedicados a la muerte de Abel Martín, es decir, al propio Machado, que acude al heterónimo para expresar lo heterogéneo:

La sed que el agua clara no mitiga,
 La amargura del tiempo envenenado
 (.....)
 Ciego, pidió la luz que no veía.
 Luego llevó, sereno,
 El limpio vaso hasta su boca fría,
 De pura sombra –¡oh pura sombra! – lleno. (391)

que nos remite a uno de los poemas centrales de Antonio Machado, «La noria», de «Humorismos, fantasías, apuntes», de *Soledades*, de nuevo en torno a la rueda y en el que aparecen ya, íntimamente relacionados, algunos de los elementos centrales de su poesía. Lo plebeyo (la mula, como en otro celebrado poema las moscas o como lo son las encinas frente a los líricos chopos), que anuncia la voz social; la tarde, procedente del crepuscularismo modernista pero aquí trascendido; el agua que canta, insinúa y revela; la mula que sueña y que, con los ojos vendados, es decir, ajena a la realidad exterior o superficial, sueña y escucha el canto del agua que sueña:

El agua cantaba
 Su copla plebeya
 En los cangilones
 De la noria lenta.
 Soñaba la mula
 ¡pobre mula vieja!,
 al compás de sombra
 que en el agua suena.
 La tarde caía
 Triste y polvorienta.

Y de pronto, con un guiño de humor, aparece la figura del poeta, es decir, del propio Machado, consciente aquí de su propuesta radicalmente renovadora:

Yo no sé qué noble
 Divino poeta
 Unió a la amargura
 De la eterna rueda
 La dulce armonía
 Del agua que sueña,
 Y vendó los ojos,
 ¡pobre mula vieja!
 Mas sé que fue un noble,
 divino poeta,
 corazón maduro
 de sombra y de ciencia.

Este corazón de sombra y de ciencia, de misterio y realidad, de intuición y razón, está en toda su poesía y ocupa un espacio central en las reflexiones de Abel Martín y Juan de Mairena. Pero encuentra su resumen poéticamente más alto precisamente en el poema de la serie *Elogios* dedicado a Francisco Giner de los Ríos, en el que lo moral, lo social y lo lírico se funden. Poema, por otro lado, que no nos cuesta leer como una prolongación del «Retrato».

Espero haber ofrecido una interpretación verosímil de la poesía de Machado. He tratado de apoyarla en diversas lecturas del poeta. Y por diversas no digo varias o repetidas, sino desde distintas perspectivas. Sólo a través de estas distintas lecturas, a lo largo de muchos años, en las que he presenciado y vivido en mi misma piel los cambios estéticos, me ha permitido llegar al punto al que he llegado. Si mi exposición es verosímil y si es, como espero, poco convencional, podría decirse que la influencia de

Machado ha sido mínima y que los poetas han leído en un texto lo que no estaba en el texto ni en el contexto. Lo cual me permite volver a dos de las lecturas más agudas que se oponen para complementarse: la de Cernuda, defensor del primer Machado y crítico, como lo soy yo, de muchos aspectos de su obra, y la de José Angel Valente, defensor de su coherencia total. Y dado que tanto Cernuda como Valente representan dos de las propuestas poéticas más interesantes y menos convencionales de la poesía española, es posible, a través de ellos, abrir una lectura más verdadera y rica del poeta de la inconfundible, esencial heterogeneidad, no vestido de harapos sino «casi desnudo, como los hijos de la mar»*.

* *La primera parte de este trabajo se publicó en el número 583, correspondiente a enero de 1999.*

